

Muriel McAVOY, *Sugar Baron. Manuel Rionda and the Fortunes of Pre-Castro Cuba*, University Press of Florida, Gainesville, 2003, 338 pp.

Manuel Rionda Polledo fue el empresario cubano más importante de finales del siglo XIX y de las primeras décadas del XX y también uno de los hombres de negocios españoles y norteamericanos más importantes de su época y, sobre todo, en su sector, la producción y el comercio azucarero. Su biografía, además, es representativa de una trayectoria que siguieron muchos inmigrantes metropolitanos y criollos en la Gran Antilla, aunque no todos tuvieron tanto éxito como él.

Rionda nació en España, concretamente en Noreña, pueblo de la provincia de Asturias, en el seno de una familia que, en parte, había emigrado a Cuba e iniciado negocios relacionados con la industria azucarera. En 1879 se trasladó a los Estados Unidos, donde se formó y trabajó para la Czarnikow-McDougall Company, propiedad de uno de los corredores de dulce más importantes del mundo en ese momento, Cesar Czarnikow. Además, contrajo matrimonio con la hija de un magnate norteamericano de las comunicaciones y comenzó a establecer una nutrida red de relaciones sociales, empresariales, comerciales y financieras que serían clave en su trayectoria como hombre de negocios, pero también para el desarrollo de la producción de azúcar en la Gran Antilla.

Aunque quedan muchas cuestiones por resolver, la industria azucarera cubana en el periodo en que vivió Rionda ha sido objeto de múltiples estudios, en general de muy buena calidad, pero prácticamente ninguno con una perspectiva biográfico-empresarial como el de Muriel McAvoy. Esta es la gran contribución de la obra al tema y es, en su contexto, donde cobra un gran interés.

El trabajo de McAvoy, *Sugar Baron. Manuel Rionda and the Fortunes of Pre-Castro Cuba*, no destaca por sus análisis. Más bien se trata de un ensayo descriptivo del ya mencionado entramado de relaciones que componían el negocio azucarero y de su evolución entre las últimas décadas del siglo XIX y los años treinta del XX. Por eso resulta una aportación muy relevante en el contexto de una historiografía que sí ha analizado con detalle el sector en todas sus dimensiones: productiva, tecnológico-organizativa, comercial o financiera.

La información que aporta el estudio de McAvoy es muy valiosa para contrastar desde el ángulo de un empresario concreto, quizás el más destacado como ya hemos dicho, y de sus relaciones personales y profesionales las conclusiones de otras investigaciones acerca de la evolución de la industria azucarera cubana e internacional y, particularmente, de las redes de interés que se desarrollaron en torno al negocio. La autora insiste especialmente

en dos momentos muy significativos: las últimas décadas del siglo XIX y el periodo de la Primera Guerra Mundial y de su inmediata postguerra.

En las postrimerías del siglo XIX varios inversores norteamericanos, especialmente refinadores de dulce, empezaron a participar en la transformación de la industria azucarera de Cuba. Por entonces, el sector estaba completando su mecanización y concentrándose horizontalmente y descentralizándose verticalmente con el fin de abaratar los costes de transacción del procesamiento de la caña mediante la incorporación de tecnologías de producción en masa que permitiesen economías de escala, así como del transporte y comercialización de su oferta, y para solucionar los problemas ocasionados en el mercado laboral por la abolición del trabajo esclavo, prohibido definitivamente en 1886, que hasta entonces había sido utilizado por los ingenios como mano de obra.

La transformación de la industria azucarera continuó en Cuba en el siglo XX, tras la independencia de la isla del dominio español, sobre todo con la expansión del cultivo y manufactura de caña y de los ferrocarriles por la mitad Este de la Gran Antilla, hasta ese momento poco poblada y relativamente aislada e inexplorada, y culminó durante la Primera Guerra Mundial con la aceleración del proceso de concentración de la propiedad, dando entrada en el sector al capital financiero y bancario.

El libro de McAvoy muestra cómo Rionda fue un hombre clave en todos los procesos descritos anteriormente. En las últimas décadas del siglo XIX, comenzó a realizar negocios en Cuba, especialmente junto a los principales inversores norteamericanos interesados en participar de la transformación de la industria azucarera insular, el refinador Edward F. Atkins, Walter E. Ogilvie o Henry O. Havemeyer, el creador del llamado Sugar Trust (American Sugar Refining Company) en los Estados Unidos. La actividad de Rionda se centró principalmente en esos años en la compra, reparación y modernización del central Tuinicú en colaboración con su hermano Francisco, que vivía en la Gran Antilla.

Las actividades de Rionda en Cuba se vieron afectadas por la Guerra de Independencia, pero se reanudaron tras ella con más ímpetu. En 1899 fundó en las nuevas tierras abiertas a la explotación azucarera en la mitad Este de la isla, concretamente en el Sur de la provincia de Camagüey, el central Francisco, llamado así en honor de su hermano y socio, que había fallecido recientemente, y poco después construyó también en la misma zona el Elia. En 1907 constituyó, además, la Cuban Trading Company, empresa familiar dedicada a la comercialización del dulce de sus propios centrales, pero que operó como una especie de *holding* de todos sus negocios en el sector, y algo más tarde estableció también la Regla Coal Company con el fin de centralizar el abastecimiento de sus ingenios.

Las actividades de Rionda fueron, pues, paradigmáticas de los procesos de modernización productiva, tecnológico-organizativa, financiera y comercial de la industria azucarera cubana e internacional y el libro de McAvoy, aunque desatiende tales procesos en sí mismos, explica con detenimiento las relaciones empresariales y personales que los hicieron posibles. En los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial, concretamente en 1912, Rionda reorganizó el negocio con el que había comenzado. Tras la muerte de Czarnikow y la retirada de McDougal, refundó la firma creada por ambos con el nombre de Czarnikow-Rionda Company y asumió su presidencia, y erigió en la Gran Antilla un nuevo central,

también en la mitad Este insular, el Manatí, en sociedad con otros inversores norteamericanos como Sullivan & Cromwell y J. & W. Seligman, dando entrada en el negocio por primera vez al capital bancario y financiero, algo que sería muy usual en años venideros.

El inicio de las hostilidades de la Primera Guerra Mundial provocó una drástica reducción de la oferta azucarera en Europa y la posibilidad de que los hacendados cubanos aumentasen extraordinariamente la suya para atender la demanda de dulce que ya no era satisfecha por aquélla. Para los segundos esto implicó la necesidad de invertir grandes cantidades de capital y Rionda afrontó el problema con la solución empleada en la reciente construcción del central Manatí y que enseguida proliferaría. Asociado con Morgan & Company y el Chase National Bank, entre otros, creó en 1915 la Cuba Cane Sugar Company, la mayor empresa mundial del sector en su momento, y compró 17 ingenios en la Gran Antilla con sus tierras y ferrocarriles, que en total fabricaban por entonces alrededor de un 15 % de su dulce.

La red de relaciones empresariales, financieras y personales establecida por Rionda y su experiencia y prestigio como *sugar baron*, usando la terminología empleada por la autora, no sólo le permitió consolidar su liderazgo empresarial en la industria azucarera cubana, estadounidense, incluso internacional, sino que además facilitó el proceso de transformación que el sector tuvo que afrontar tras el inicio de la Primera Guerra Mundial. El libro de McAvoy, por tanto, permite conocer con precisión las entrañas de dicho proceso y el modo en que el citado Rionda participó. Sin su aportación, sin duda, no habría sucedido tal y como ocurrió, al menos habría sido más lento y más complejo. De muy pocos individuos en la historia se puede decir algo así.

En conclusión, el estudio de McAvoy, del que es preciso señalar, además, que está muy bien escrito, permite conocer con mucha más precisión el entramado de relaciones empresariales y financieras que participaron en la transformación y modernización de la industria azucarera cubana a finales del siglo XIX y la apertura del negocio al capital financiero en el XX, así como los problemas asociados a ella que, durante las crisis de las décadas de 1920 y 1930, condujeron al predominio de este último en el sector. La actividad de Rionda, de nuevo, ejemplifica mejor que cualquier otra la nueva fase en la evolución de la producción de dulce en la Gran Antilla. En 1921, debido a una fuerte reducción de los precios de dicho artículo que, además, siguió a una súbita inflación, conocida como la *Danza de los Millones*, muchas de las corporaciones creadas durante la Primera Guerra Mundial se hallaron en serias dificultades y desaparecieron o fueron reorganizadas con cambios en su propiedad.

Rionda dejó de presidir en 1921 la Cuba Cane Sugar Company. Sin embargo, como muchos otros empresarios azucareros de Cuba y de los Estados Unidos, no sólo mantuvo la propiedad de sus empresas familiares, sino que inició en ellas una nueva fase de expansión. La Cuban Trading Company llegó a poseer 8 centrales en la isla, lo que la situó entre las cinco mayores productoras de azúcar de la Gran Antilla.

La crisis de 1930, finalmente, concluyó el proceso de desplazamiento de la propiedad de la mayoría de las empresas y centrales azucareros cubanos creados o modernizados durante la Primera Guerra Mundial y los años veinte a manos de consorcios financieros

y bancarios, pero también consolidó la posición en el sector de muchas de las sociedades más vinculadas a los hacendados, como la Cuban Trading Sugar Co. Aunque Rionda, su fundador, falleció en la década de 1940, su familia conservó la firma tras la Revolución de 1959.

Las conclusiones del libro, en general, confirman las tesis sostenidas por otros trabajos que han analizado la evolución de la industria azucarera cubana entre las últimas décadas del siglo XIX y mediados del XX con mayor profundidad y desde una perspectiva más amplia, por lo que es un referente importante en la validación de tales tesis. El principal problema es que la autora utiliza prácticamente como única fuente la Braga Brothers Collection, depositada en Gainesville, en la Universidad de Florida, archivo de la referida familia Rionda, y apenas contrasta la información obtenida de ella con documentación de otra procedencia, incluso con la aportada por la historiografía. No obstante, aún con ese defecto, el resultado es una obra relevante y una importante pieza complementaria en el avance del conocimiento acerca de los temas que aborda.

ANTONIO SANTAMARÍA GARCÍA